

CORAZÓN LOCO

–¡Me han robado! –gritaba la señorita Elisa Martínez ante la mirada atónita de María de Maeztu–. Esta vez ha sido el reloj de oro que me regalaron mis padres en mi cumpleaños –y, a continuación, se echó ruidosamente a llorar.

María de Maeztu no lo podía creer. Jamás había visto ningún escándalo así en la Residencia de Señoritas, desde que la fundara en 1915.

Elisa Martínez era una joven esbelta, rubia y pálida, que provenía de una familia adinerada del norte de España. Sus vestidos eran caros, sus peinados eran primorosos, y sus modales... dejaban un tanto que desear.

–Síntese, por favor, y cuénteme con detalle todo... desde el principio –le dijo María, haciendo acopio de paciencia.

El primero de los robos sufridos por Elisa Martínez le sucedió mientras paseaba con su novio, el joven Rafael... «¿Rafael Simancas?, quiero decir, ¿Rafael Santamaría? ¿Rafael Sánchez?». María de Maeztu no recordaba cómo se llamaba el joven moreno, parlanchín y gracioso que con frecuencia la acompañaba. Sólo sabía que se alojaba en la cercana Residencia de Estudiantes, que no tenía muchos posibles (alternaba sus estudios con trabajos ocasionales)... y que se parecía en gracia, en modales y hasta en el tupé ondulado y saleroso al otro joven sinvergüenza y adorable, Federico García Lorca, tan amigo de María. Igual que Federico, se las daba de poeta, de joven alegre y juerguista, pero, sobre todo, de donjuán encantador (éste sí, el otro no) que ejercía sus encantos especialmente ante las muchachitas provincianas.

El primero de los robos, como decíamos, se había producido cuando Elisita paseaba con su novio.

–Al salir de la habitación, yo puse en el monedero un billete de cinco pesetas – ¡cinco pesetas, se asombró María de Maeztu, que siempre era muy medida para el dinero (la verdad es que en la Residencia todas las señoritas pensaban que su economía rozaba la avaricia en su afán por no gastar en calefacción)– y cuando fui a mirarlo por la noche... ¡ya no estaba!

«El billete volador», pensó María, y mecánicamente, comenzó las multiplicaciones que darían como resultado los kilos de carbón que se podrían haber adquirido con él.

–Mientras iba de paseo con mi novio, naturalmente, no solté el bolso de la mano –y María pensó que, indudablemente, no era probable que hubiese soltado a ninguno de los dos ni en peligro de muerte. La imaginaba colgada del brazo del muchachito con una tenacidad incompatible con el abandono.

–Cuando perdí de vista el bolso fue precisamente aquí, en el comedor, a la hora de la cena.

Y ahora la señorita Elisa Martínez se puso extremadamente seria, bajó la voz y sentenció con desprecio:

–Seguro que ha sido “ella”.

María de Maeztu, que había caído presa de cierta ensoñación, de pronto dio un respingo:

–No diga esas cosas. Es muy grave acusar a nadie de algo tan importante, así, sin pruebas de ningún tipo. ¿O es que...?

“Ella” era otra residente, Betsaida Santana, una joven que llevaba muy poco tiempo alojada en el número 14 de la calle Fortuny, en la única Residencia de Madrid ideada para las señoritas estudiantes. Unos pocos meses le habían sido suficientes para estudiar los exámenes libres de la Escuela de Magisterio, sacarlos con muy buenas notas

y preparar someramente las oposiciones de Maestra Titular. Betsaida era una joven callada, incluso huraña, bajita, de formas redondeadas y populares, de gruesos labios carnosos y de unos rotundos ojos negros.

Ante las advertencias de la Directora de la Residencia, Elisa insistió:

–Yo sé que “ella” tiene algo que ver con el robo. ¿No le ha mirado usted las manos?

María de Maeztu se sorprendió. ¿Mirar las manos? ¿Es que las manos eran espejo del cuerpo e, igual que los ojos, también lo eran del alma? ¿Qué tenían las manos de Betsaida Santana? María, con un gran esfuerzo de concentración, las consiguió traer a la memoria: eran pequeñas, morenas, con uñas romas, pero limpias... parecían manos de lavandera. ¿De lavandera? ¡Vaya tontería! Una maestra lavandera. Eso no podía ser. Todas las señoritas de la Residencia, naturalmente, eran hijas de familias con posibles. Una lavandera no se hubiera podido permitir el lujo de pagar... ¡apenas se hubiera podido permitir el lujo de dejar de trabajar!

La joven insistía:

–No tiene manos de señorita. Parecen manos... ¡de lavandera!

María de Maeztu se impacientaba:

–¡Eso es imposible! Además tampoco es motivo suficiente como para acusar a nadie. Muy al contrario, hoy en día tener aspecto de estar habituada al trabajo es un orgullo, no una vergüenza. Usted ya sabe que las mujeres deben trabajar, y no es un desdoro hacerlo como lavandera. No todas las señoritas pueden ser taquimecanógrafas, como usted, o diplomadas en comercio, o maestras... También hacen falta lavanderas... ¡aunque la señorita Betsaida Santana tampoco lo sea!

Elisa Martínez pasaba del llanto a la desesperación.

–El billete de cinco pesetas fue el primer día. Otro día me faltó un pañuelito de encaje bordado por las mismísimas monjitas de la Consolación, del Convento de...

–Ya sabe usted que hay cosas que se extravían en la lavandería –le cortó secamente María–, quizás no estuviera marcado como debería ser y...

La cascada de lágrimas de la perjudicada la sobresaltó:

–Y ahora esto: mi relojito de oro... ¡perdido para siempre!

María de Maeztu suspiró. ¡Un reloj de oro! La Directora de la Residencia era contraria a la ostentación. Un reloj, para ella, era un instrumento útil que muy bien podía acompañar a una señorita para marcarle el límite de sus obligaciones diarias, que podía servir también para indicarnos a todos los seres humanos que nuestras horas en el mundo están decididas por Dios y que todos las debemos emplear en impulsar el progreso del mundo hacia adelante, ¡siempre hacia delante! Para esas cosas servía un reloj. Pero un relojito de oro... A María le parecía incompatible la utilidad con la ostentación, y un reloj de oro era un objeto intrínsecamente desvirtuado. Llevar un reloj así sólo podía traer problemas a una señorita.

–De acuerdo, no se altere –le cortó, ahora con diplomacia, pero también con contundencia–, prometo investigar este asunto. Mientras tanto, siga con sus obligaciones, pero, por favor, mantenga la discreción más absoluta hasta que yo lo consiga resolver.

–Se lo prometo –se recompuso un poco la alterada señorita–, pero, a cambio, ayúdeme usted a notificarlo a mis padres de forma que no les disguste demasiado.

«¿Que no les disguste? Extraño caso», dijo para sus adentros María, pero así se lo prometió. Cuando quedó sola en el despacho, pensó que, aunque había conseguido solventar muchas dificultades desde la fundación de la Residencia, nunca se había enfrentado a un robo de ese tipo en las habitaciones... Además, había otra cosa que no

tenía buen aspecto: una señorita caprichosa de familia adinerada que llevaba reloj de oro, otra señorita, probable hija del pueblo y no muy favorecida por la fortuna... y en medio de las dos... un moreno gracioso y socarrón revoloteando de flor en flor. El triángulo amoroso, la eterna rivalidad (últimamente había oído una palabreja en francés que debía querer decir más o menos lo mismo: ¡El *ménage à trois*!). Porque lo que sabía María de Maeztu y había mantenido firmemente acallado al fondo de su garganta, no lo sabía la elegante señorita Elisa Martínez: el alado caballero llamado Rafael Santaolalla (¿o Rafael Santaella?) también se relacionaba con la señorita Betsaida. Ella los había sorprendido juntos en un par de ocasiones, y en actitudes más bien... relajadas. ¡Una morena y una rubia juntas! ¡Como en el más barriobajero sainete popular!

—¡Qué sinvergüenzas son los hombres! —exclamó en voz alta y sin darse cuenta, mientras golpeaba sin piedad la alfombrilla del escritorio—. Por mí que no espere ninguno. Jamás me dejaré subyugar por las dulzuras y melosidades del sentimiento amoroso.

Pero a María no le gustaba perder el tiempo en teorías vacías y no se entretuvo en entreverar de argumentos dudosos sus sentimientos profundos. Su espíritu era la propia acción, la solución, el avance, el triunfo de la actividad provechosa. ¿Había un problema? Poco iba a durar sin resolver en sus manos. Miró su pequeño reloj de pulsera (funcional, poco caro, exactísimo): eran las cuatro y media. Dentro de media hora todas las señoritas alojadas en la Residencia tendrían que haber acudido a cumplir con sus obligaciones. Ese era un buen momento para afrontar las comprobaciones necesarias de su investigación.

Treinta minutos más tarde los pasos livianos de María apenas resonaban en el pasillo de madera encerada y olorosa. La Directora de la Residencia de Señoritas sacó

del bolsillo la llave maestra y se dirigió hacia la habitación de Betsaida. Alzó la mano hasta la cerradura y, después de tres segundos de indecisión, la volvió a bajar.

–No debo hacerlo –pensó–. Aunque la causa lo merece, yo no debo despreciar de este modo la intimidad de las residentes.

Mientras volvía despacio hacia su despacho, previó los sucesos futuros. Debería interrogar a Betsaida, tendría que informarla de la acusación, debería tomar otras medidas. Pensó en la turbación de la joven, en su vergüenza y su rabia si era inocente. ¿Qué motivos había para acusarla a ella? ¿Acaso el de su aspecto humilde? ¿Había que suponer, por tanto, que todos los pobres tenían que ser, por fuerza, ladrones? Eso era injusto, y someter a la pobre señorita a la sombra de la sospecha era tan poco caritativo como ponerla entre la espada y la pared...

El asunto merecía una solución salomónica. María de Maeztu giró sobre sus pasos y, ya más resuelta, se dirigió a la habitación de Betsaida Santana. Entró y rápidamente cerró la puerta a sus espaldas.

Lo primero que le llamó la atención fue la limpieza del cuarto y el orden. ¿Orden? En realidad no hacía falta mucha dedicación para mantener cada objeto en su sitio... especialmente porque en el dormitorio no había casi nada. Abrió el armario y solamente observó un sobrio vestido colgado en una percha. En el suelo, unos zapatos viejos, pero recién lustrados. En las mesillas un poco de ropa interior, recosida y remendada, doblada y apilada con la determinación suicida de los pobres que, a pesar de las adversidades, quieren mantener con dignidad el aspecto de la miseria que les ha tocado conservar. En el último cajón de la cómoda sólo había una carpeta, con las gomas cerradas. Una carpeta de cartón no era un reloj de oro, pero («de perdidos, al río») María de Maeztu pensó que ya no importaba acabar de abrir todas las cajas de los truenos, ya no quedaba más remedio que descubrir todos los secretos de una pobre chica

humilde y maltratada a la que sólo le faltaba el estigma de la desconfianza, la burla cruel de los pudientes, que se creen superiores al ser heroico y sencillo que sólo tiene su vida rebelde por la que luchar. En hipótesis, quizás en la caja habría un indicio, una papeleta de la casa de empeños, una explicación... Cuando la abrió, las dos hojas guardadas enviaron (cada una por un motivo distinto) un pequeño dardo doloroso que fue a alojarse directamente en su corazón.

El primer impreso era una hoja de la revista *Mundo femenino*, que presentaba un manifiesto suscrito por la *Asociación Nacional de Mujeres de España*, tan querida por María de Maeztu, una de las sociedades feministas más importantes de España. Surgida en 1919, era el arma que habían construido las mujeres para reclamar las reivindicaciones más perentorias. María sabía de memoria los artículos con que venían pidiendo desde hacía años la derogación del *Código Civil* y de otras leyes que arrebatában al sexo femenino las potestades concedidas sólo a los hombres. Con todo, leyó: «*Son muchos los países que han reformado ya su Código civil en el sentido que nosotras pedimos, que es como sigue: 1- Que la mujer casada conserve su nacionalidad. 2- Que la mujer casada tenga capacidad jurídica. 3- Que por razón de matrimonio la mujer no pierda el derecho de disponer libremente de sus bienes personales, ni de sus rentas, sueldos o salarios. 4- Igualdad de derechos y autoridad sobre los hijos. 5- Investigación de la paternidad. 6- Que la patria potestad se ejerza igualmente por el hombre y la mujer y pueda ésta formar parte del consejo de familia igual que éste. 7- Mutuo consentimiento para aceptación de herencias. 8- Que las causas de desheredación sean idénticas para el hombre y la mujer...».*

El otro papel era una fotografía. Con el paisaje dorado de un campo de trigo a la espalda, dos figuras sonrientes miraban el objetivo redondo del fotógrafo: dos

adolescentes morenos de grandes ojos negros, dos caras conocidas, dos vidas paralelas, don sonrisas traviesas. Betsaida Santana y Rafael ¿Santamaría?... ¿Simancas?

María de Maeztu dejó sus pesquisas y se dirigió a reflexionar a su despacho. Era imposible que Betsaida fuera una ladrona. Una mujer pobre en cuyo corazón late el deseo de justicia y el afán de libertad no podía haber caído en el hurto ni siquiera bajo la necesidad más agobiante. Pero, ¿y esa relación misteriosa con el novio de su compañera? Había algo bastante confuso en todo ello.

–Habrà que esperar –sentenció–. Hacen falta más pistas para llegar a buen puerto.

Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron. A los pocos días Betsaida anunció su partida: terminados sus exámenes, nada la retenía en Madrid y, aunque le gustaba la ciudad, debía volver a su casa, esperando quizás encontrar un trabajo con su nuevo título de maestra. María de Maeztu, mientras tanto, había seguido con sus pesquisas. La carpeta de gomas de Betsaida le había dado la idea: el recibo de una casa de empeños... el Monte de Piedad era el lugar adonde seguramente podría haber ido a parar el reloj de oro. Y allí se dirigió sin más dilaciones. Su prestigio en Madrid y el hecho de ser conocida por su cargo le facilitó las investigaciones.

–Sí, señora. Hace poco vinieron dos jóvenes a empeñar un reloj de oro: un caballero moreno y una señorita muy atractiva –le aclaró el responsable de la casa de empeños.

–¿Una señorita atractiva... y morena? –preguntó María de Maeztu con pesar.

–¡Oh, no! Una señorita atractiva... y rubia. Rubia y esbelta, muy bien vestida. Una señorita fina, no como las otras personas que suelen venir por aquí...

Aquello era demasiado. María recordó la recomendación: «Ayúdeme a notificarlo a mis padres de forma que no les disguste demasiado» y pensó que la

juventud cada día era más impredecible. De vuelta a la Residencia, bajo la mirada implacable de María de Maeztu, Elisa no soportó durante mucho tiempo el interrogatorio y se escudó de nuevo en el acostumbrado mar de lágrimas:

–No pude remediarlo... Tenía que ayudar a Rafael. Su madre, tan enferma, no tenía dinero para la operación. Yo misma empeñé mi reloj por veinte pesetas... Es todo tan terrible... No tenía otro modo de conseguirle el dinero... Yo le quiero... Él es pobre... Si acusé a Betsaida es porque la he visto buscándolo con la mirada... Es una chica tan ordinaria... Pero yo le quiero... Él es pobre, pero cuando acabe sus estudios...

María de Maeztu no tenía tiempo que perder. En la Estación de Atocha un tren que partía a alguna lejana provincia en España esperaba que se deshiciera el lazo amoroso que anudaba a dos jóvenes. Cuando la máquina, por fin, se puso en marcha, María se encaró con el chico:

–Es usted un sinvergüenza. Dos mujeres a la vez... ¡Qué corazón loco!

Rafael (¿Sánchez, Santamaría, Simancas, Santaolalla, Santana?), más guapo y más desenvuelto de lo que era necesario, saludó a María de Maeztu con efusión:

–¡Ah, las mujeres! ¡La Directora de la Residencia de Señoritas! ¡Usted también, preocupada por las penas de amor! No piense esas cosas de mí, querida amiga –y le guiñó un ojo buscando su complicidad–. Betsaida es mi hermana pequeña. Siempre fue una niña inteligente... y luchadora. Trabajadora como ninguna, ha sido lavandera en el pueblo, pero desde chica su único afán fue el de hacerse maestra... para no tener que casarse ni depender del trabajo de un hombre... Yo, a veces, se lo he querido quitar de la cabeza... pero, ya la conoce usted, una mujer de bandera: valiente y lista, pero con el empeño de hacerse a sí misma, de ser independiente... Sólo necesitaba unas pesetillas para poder pagar los exámenes y esa pizquilla que cobran ustedes en la Residencia, por el alojamiento...

Mientras María de Maeztu tragaba saliva pensando en cómo enmendar el traspies, el muchacho con naturalidad la tomaba del brazo y la dirigía hacia la salida.

—Su compañera Elisa, a través de este servidor y sin saberlo ninguna de las dos, le ha querido regalar el dinero de la libertad. Poca cosa: veinte pesetillas, más otro duro involuntario al comienzo de nuestra amistad... —y aquí el contacto del brazo se hizo un poco más estrecho—. Ya ve usted, cosas de mujeres, que se ayudan entre sí... No merece la pena que nadie se entere, ¿no cree usted?

María, asombrada, miró al caballero, que comenzó a canturrear en voz baja, aunque deliberadamente desgarrada, la última canción de moda en los salones de *cuplets*: «*No te puedo comprender, corazón loco. No te puedo comprender, y ellas tampoco. Yo no me puedo explicar cómo las puedes amar, tan tranquilamente. Yo no puedo comprender cómo se pueden querer dos mujeres a la vez, y no estar loco...*». Sólo se le ocurrió contestar: «Buenas tardes» y salir disparada a cumplir con sus obligaciones.

Mientras se alejaba, se sujetó el sombrerito a la nuca (el mismo sombrerito al que García Lorca había dedicado una copla que cantaba acompañándose de la guitarra: “*El sombrerito de María. Dice que es moda llevarlo así, pero, en ella, diríase que se le va a caer... o que ya se le ha caído*”) y exclamó: «La moral y la justicia ¿qué son y dónde estarán?». Después de pensarlo durante unos segundos más, sacudió la cabeza y concluyó: «Que lo estudie nuestro Ortega y Gasset» y olvidó el asunto para siempre.